

Moradas de la razón sensible

Reseña del libro: MARTYNIUK, Claudio (2011) *Jirones de piel, ágape insumiso. Estética, epistemología y normatividad*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 206 páginas.

Por *María Eugenia Boito*
CIECS CONICET / UNC / CIES, Argentina.
meboito@yahoo.com.ar

“Jirones de piel, ágape insumiso” establece relaciones entre la reflexión epistemológica, la estética y la normatividad en catorce apartados que – como jirones– pueden interpretarse como “pequeñas porciones de un todo”; fragmentos de telas (tramas discursivas) que recorren y se detienen en la interrogación de la compleja madeja que reúne los tópicos antes referidos.

Pero “jirón” tiene otro significado en el campo de la heráldica, que en mi lectura, está asociada a las figuras que produce el texto: “jirón” es una forma triangular que desde el borde del escudo, llega hasta el centro o corazón de este. Claudio Martyniuk afirma “no ensancha escribir, no ensancha leer, apenas salva del extravío y de la tristeza vacías”; sin embargo los jirones de su escritura ensayística (el ensayo como género que pretende “un despliegue que tense los entumecidos polos de la sensibilidad y el pensamiento” (192)) se orientan a proteger como escudo –pero a la vez interrogar– lo que se encuentra en el corazón de los recorridos de la obra: los ejercicios de violencia cotidiana sobre nuestra piel. Por esto además de salvar del extravío y de la tristeza, la escritura de Martyniuk señala –y asila, da regazo– a la piel como instancia de expresión de nuestra sensibilidad.

“Lo más profundo es la piel” afirmaba Paul Valery en una enigmática frase que retoma Gilles Deleuze en “Lógica del sentido”: la piel es el órgano más extenso del cuerpo. Pone en contacto pero a la vez es una frontera porosa; la paradoja de su profundidad se enfatiza en cuanto es “lo que esta afuera” y sin embargo expresa y reacciona no sólo a estímulos externos sino a lo que íntimamente sentimos. Y nuestra piel también está hecha jirones.

Por lo anterior, desde el primer capítulo titulado “Tenazas. Ordenar, conocer/explicar, comprender”, el autor realiza un recorrido erudito por las tradiciones explicativas y las comprensivas para indicar la complejidad epistemológica como signo del campo de relaciones entre epistemología, estética y normatividad, para concluir que “...tal vez sólo míticamente puedan resolverse las oposiciones” (36) entre las tradiciones referidas.

En el capítulo dos denominado “Sollozos por las pérdidas. Epistemología y estética” Martyniuk sigue los jirones de la piel para tramar la reflexión y expone una disposición corporal particular: de lo que se trata es de “Pensar contra la facticidad, contra las víctimas que provoca” (37). En el lugar desde el que se apresta a pensar el autor es

convocado Walter Benjamin; a partir de la constatación de la vigencia –en nuestra experiencia presente– del estado de excepción como regla expresado en la octava tesis sobre el concepto de historia: de este modo pensar contra la facticidad es pensar a contrapelo; desde un giro corporal que nos sitúa a sentir con la víctima.

Sin embargo es manifiesto el delicado cuidado de la piel del otro y de la propia piel del autor en el contacto –dice citando a Anne Carson: “‘como miembros de la sociedad humana, tal vez la tarea más difícil a la que nos enfrentamos diariamente sea la de tocarnos unos a otros, ya se trate de un tacto físico, moral, emocional o imaginario. Todo contacto es crisis’. Suciedad y deseo, en *Hombres en sus horas libres*” (126)– y por lo anterior, pensar desde la víctima, sentir con ella no supone una mimesis apropiadora de la víctima ni de su dolor. Sobre este tópico es un tipo de estructura de pensar-sentir como la de Simone Weil la que alerta, vuelve atento, protege y hace posible el acercamiento donde la piel está prevenida del riesgo que porta la simpatía, como inclinación afectiva que puede terminar con la fagocitación del otro.

Hay un apartado dedicado a esta pensadora “Trabajo y sumisión. Simone Weil ante la sequedad del alma”, ya que las escrituras de Benjamin y Weil le permiten a Martyniuk mirar de frente –y no quedar convertido en piedra en el intento– los horrores del siglo XX y de nuestro tiempo.

Weil también posibilita señalar el peligro de la memoria musealizada. Por esto, lo que propone el autor es hacer otro giro corporal que se expresa en tres desplazamientos: de la memoria a la atención (recordemos que la cultura para Weil es “la formación de la atención”), de la imagen al conocimiento, del margen al reconocimiento.

Si Benjamin había afirmado que los bienes de cultura son el botín de guerra por el que se lucha en el tablero de la historia, el recorrido que realiza Martyniuk supone interrogar jirones de nuestra piel como lugar de expresión de las regulaciones de la sensibilidad ante esos bienes (nuestra reacción a la memoria como museo por ejemplo) y nuevamente es el pensador berlinés el que propone el desplazamiento de la imagen al conocimiento: si desde su perspectiva el problema del materialismo es la captación plástica del acontecer, de lo que se trata entonces en un sentido es de cómo poder pensar (pensar-sentir/sentir-pensar) a partir de imágenes/relámpago, mientras que el trueno es el que retumba tiempo después como conocimiento (y de

este modo realizar el desplazamiento de la imagen al conocimiento).

Por lo anterior, epistemología y estética se entrelazan para testimoniar sobre lo que obturan, ocultan –pero también producen– formas anestesiadas y anestésicas de la crueldad contemporánea (en el apartado tres: “Narrativas de orden, testimonios de ley, imágenes de justicia y el silencio de las sirenas”). Se instancia el lugar central del acto de testimoniar: la literatura en Kafka; los dibujos en Zoran Music y la pintura en Paul Klee dan cuenta de imágenes del infierno durante el siglo XX, con una atronadora constatación como la que hace Music, a partir de su experiencia en Dachau: “No somos los últimos”.

Hemos bebido y seguimos bebiendo nuevos venenos de la gran Circe crueldad nietzscheana, brebajes aparentemente inofensivos que producen formas de adormecimiento de nuestra percepción sobre barbaries ordinarias ya institucionalizadas y emergentes formas de violencia que no experimentamos como “dolor con los demás”, en el sentido de Susan Sontag.

El apartado cuatro titulado “El sol brillará a través de esos cuerpos, tortura, aprisionamiento y policía de la sensibilidad” comienza con el siguiente epígrafe: “Te torturaré de tal manera que el sol brillará a través de tu cuerpo. Verdugo de Bomberg, siglo XVI”. Piel vuelta transparencia, existencias como jirones que testimonian los crudos vínculos de diversos perfiles epistemológicos de pensar-sentir jurídicos: Tortura y verdad/Tortura y utilidad/Tortura y racionalidad. Cita Martyniuk a Jean Clair:

A los cuerpos martirizados (...) los mismos SS se negaban a llamarlos “cadáveres” o “cuerpos”. Los llamaban, sencillamente, “figuren”, figuras, mani-qués. De igual forma, los recién llegados no se denominaban nunca por su cualidad de personas: eran “llegadas”. Y cuando faltaba una unidad durante los interminables recuentos de detenidos en la Appelplatz, los SS nunca decían que faltaba una persona, sino “ein Stück”, una pieza.

La reflexión de Martyniuk transita pasado y presente para proteger, asilar y a la vez volver atenta a nuestra piel sobre algunos “cuerpos” que –más acá de los campos de exterminio– hoy se les niega su consideración como “cadáveres”; vidas no reconocidas como tales, existencias como “piezas”. Sin rostro, en el sentido trabajado por Judith Butler; vidas sin vida, sin duelo en su final.

Por lo dicho en la morada del pensar-sentir del autor, también encuentra espacio el pensamiento de Michel Foucault: no sólo el que –partiendo de Jeremy Bentham– reconoce las arquitecturas de la disciplina sino el que indaga los ejercicios del poder sobre las poblaciones. A lo que se suma la perspectiva deleuziana sobre las formas de regulación de los deseos en las sociedades de control. De allí que si a mediados del siglo pasado, en los cruces de marxismo y psicoanálisis los principios psicológicos fueron comprendidos como políticos; en una nueva vuelta de las formas de crueldad en formaciones sociales capitalistas y espectaculares, éstos se exponen como afectivos: operatorias sobre nuestra piel, vuelta materia de la violencia dóxica que va incidiendo en el humus socio-perceptivo que nos constituye (Scribano, 2010). Regulaciones que se pueden reconocer –en términos de Martyniuk– en la producción de fenomenologías de existencias secuestradas (en el trabajo, en el consumo), esclavizadas por las mismas coordenadas en ambos espacios: la velocidad y las órdenes (108).

Los soportes de soportabilidad de un mundo insoportable –como afirma el autor– se asientan en el miedo, la disciplina y la biopolítica –policía de la felicidad que la contiene en sus desbordes– (apartado cinco). Ya en 1765 se decía que “la seguridad y comodidad de la vida componen el bien público, la pública felicidad”; y como se sabe, suponen afectos tristes: “...seguridad, desesperación, satisfacción e insatisfacción son señales de un ánimo impotente. Aunque seguridad e satisfacción son afectos de alegría, implica que los ha precedido una tristeza, esperanza o miedo” (78).

Por lo anterior si “...el orden del mundo se graba en la piel y emergen emociones. La política en el campo de la sensibilidad: gestión de sentimientos” (181), de lo que se trata es de reaccionar a las modulaciones asociadas a la seguridad, la desesperación, la satisfacción e la insatisfacción para poder en un primer momento, reunir por lo menos momentáneamente nuestros propios jirones de piel y experiencia: si “Ya no hay un ser humano entero frente a un mundo entero” (apartado diez, cita de Robert Musil), de lo que se trata es de reunir y reunirse. Tocarse. Encontrarse en una comida fraterna, destinada a estrechar los lazos que unen a los insumisos, los rebeldes, los que dicen NO de manera colectiva, celebrando el acontecimiento de des-subordinarse, aunque sea efímeramente. Instantes de Gracia.

El último apartado se inicia con un fragmento de la letra de una canción de Leonard Cohen: “It's a cold and it's a broken. ¡Hallelujah!”. Estética, música, testimonio e insumisión es otra de las líneas de fuerza abordadas por el autor en el apartado doce titulado: “Disonancia blanca. Música y silencio”. Aquí retomamos más extensamente la letra referida:

*...Hay un resplandor de luz
en cada palabra.
No importa la que hayas oído.
La sagrada o la rota. Aleluya.
Aleluya...
Hice lo mejor posible, no fue mucho.
No podía sentir, así que intenté tocar.
Dije la verdad, no te tomé el pelo.
Y aún así todo salió mal.
Permaneceré ante la oración del Señor,
sin nada en mi lengua más que el aleluya.*

El resplandor de luz que hay en cada palabra también merece cuidado y agradecimiento: las palabras sagradas y las rotas. El ágape está nutrido de palabras y acercamiento de cuerpos; instanciando la reunión de los jirones de las propias experiencias y del mundo como mundo entero. Para poder sentir, intentar tocar. Pero como hemos dicho antes, hay cuidado en el contacto; cuidado que se reedita en la participación de este encuentro producido por la escritura con la memoria de Enrique Mari, Enrique Kosicki y Luis Warat, a quienes el autor dedica la obra en el prólogo.

Martyniuk ha escrito un texto de homenaje a Enrique Mari donde refiere a los tópicos trabajados en este libro: *Filosofía, Política y Derecho* (Prometeo, 2003); Enrique Kosicki realizó la traducción del libro de Michel Onfray. *Política del rebelde. Tratado de la resistencia y de la insumisión*, (Perfil, 1999) donde Onfray aborda el status político de las formas de la desobediencia, la resistencia y la insurrección; y en nombre/memoria (como atención) de Luis Warat, profesores argentinos y brasileros crearon en el año 2007 en Salvador de Bahía una casa nómada como hogar de la razón sensible: La Casa Warat.

De este modo el prólogo como jirón “porción pequeña de un todo” condensa el camino recorrido en el texto como un lugar hospitalario, donde se reúnen y nos convocan las múltiples existencias que fraternalmente se siguen encontrando. De manera insumisa, para dar abrigo y atención a la piel. Porque lo más profundo es la piel.

. Bibliografía

SCRIBANO, Adrián (2010) "Estados represivos: Políticas de los cuerpos y prácticas del sentir" *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 9, n. 25, de abril de 2010, ISSN 1676-8965, Paraíba, Brasil, pp. 98-140.

Citado.

BOITO, María Eugenia (2012) "Moradas de la razón sensible" en: *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. Nº8. Año 4. Abril-julio de 2012. Córdoba. ISSN: 1852.8759. pp. 90-93. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/158>.

Plazos.

Recibido: 19/09/2011. Aceptado: 12/12/2012.